

das las páginas de nuestra Antología, basta para que resalte con un enérgico relieve de originalidad la obra, enteramente desinteresada y libre, del autor de *Azul*. No cabe imaginar una individualidad literaria más ajena que ésta a todo sentimiento de solidaridad social y a todo interés por lo que pasa en torno suyo. Se diría que es *lo menor* *Béranger* que puede ser un poeta; lo que en sentir de algunos, equivaldría a decir que es todo poeta que puede ser un mortal. Alguna vez tuvo su musa la debilidad de cantar combates y victorias; pero la creo convencida de que, como en la frente de la Herminia del Tasso, el casco de guerra sienta mal sobre su frente, hecha para orlarse de rosas y de mirtos. Heredia, Olmedo, Andrade, dibujan, más o menos conscientemente, en derredor de sus versos, el circuito de un Forum, las gradas que se dominan desde una tribuna; en tanto que la de Rubén Darío es una mente de poeta que tendría su medio natural en un palacio de príncipes espirituales y conversadores. Yo no le creo incapaz de predicar la buena nueva; pero afirmo que, para hacerle maestro de la verdad, sería necesario prepararle una decoración renovada de los más bellos paisajes del Genezareth de idilio, de Renán; vestir al apóstol con túnica de oro y de seda; ungir de nardo su cabeza y sus hombros... y todavía, conseguir del Enemigo Malo que las prostitutas y los publicanos fuesen

gentes delicadamente perversas, sin ninguna emanación de vulgaridad.

Cierta referencia del mismo autor de *La Abadesa de Jouarre*, que glosaremos con una frase de Bacon, nos dará de antemano la síntesis de nuestro estudio de la personalidad y las ideas del poeta. «La verdad de los dioses debe inferirse únicamente por la belleza de los templos que se les han levantado,» le decía a Renán un artista amigo. «No hay refinada belleza sin algo extraño en sus proporciones,» afirmaba el genial y abyecto Canciller. Todo Rubén Darío está en la doctrina que puede deducirse lógicamente de esos dos postulados. El Dios bueno es adorable porque es hermoso; y será la más verdadera aquella religión que nos lo haga imaginar más hermoso que las otras... y un poco raro además.—*Le rare est le bon*, dijo el maestro. (1)—Satán es digno de ser ponderado en letanías siempre que se encarne en formas que tengan la selección de Alcibiades, los fulgores de Apolo, la impavidez de Don Juan, la espiritualidad de Mercurio, la belleza de Paris. En cuanto a las cosas de la tierra, ellas sólo ofrecen, para nuestro artista, un interés *reflejo* que adquieren de su paso por la Hermosura, y que se desvanece apenas han pasado. Frente a la realidad positiva, a las que el Evangelio llama *disputas de los hombres*, a todo lo obscuro y lo pesado de la

[1] Lo raro es lo bueno. El Maestro es Paul Verlaine, uno de los mayores poetas de Francia en el siglo XIX.

agitación humana, su actitud es un estupor esotérico o un silencio desdeñoso. Nada sino el arte. Y como el arte significa esencialmente la apariencia divinizada, y pone en las cabezas el mareo fácil de la alondra para ir hacia «todo lo que luce y hace ruido,» prefiere un rey a un presidente de república,—y a Washington, *Halagabal*. Se reina bien cuando se reina de manera adecuada para proporcionar a una reducida porción de hombres elegidos, las más frecuentes e intensas sensaciones de felicidad y de belleza. La acción vale como parodia del ensueño. El grande hombre de acción sería el absoluto y todopoderoso monarca que, considerando la sociedad como el mármol donde él estaría obligado a cincelar una estatua a un tiempo enorme y exquisita, la recortara, la trozase despiadadamente, para organizarla con arreglo a una suprema idea de originalidad novelesca y de magnificencia exterior.

Nada sino el arte, repito. Su «naturaleza literaria» vibra entera en esa palabra. Su talento la lleva por signo lo mismo en la faz que mira al Capitolio que en la que mira a la Tarpeya: en la de los aciertos y en la de las culpas. Imaginad su mundo íntimo como un horizonte avasallado por una cumbre solitaria, donde la Belleza hace llegar sus rayos de cerca y donde el amor de la Belleza se levanta poderoso, altivo, vencedor. Todo lo demás de la realidad y de la idea queda en el fondo obscuro del valle... Las cosas sólo salen de la

obscuridad de la indiferencia cuando un rayo de aquel amor las ilumina. Y del imperio de ese sentimiento único,—receloso tirano de su reino interior,—ha nacido esta organización de poeta, verdaderamente extraña y escogida, como nace, de la cristalización del carbono puro, la piedra incomparable.

Los que, ante todo, buscáis en la palabra de los versos, la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora a cosechar estrofas que sangran como arrancadas a entrañas palpitantes. Nunca el áspero grito de la pasión devoradora e intensa se abre paso al través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. También sobre la expresión del sentimiento personal triunfa la preocupación suprema del arte, que subyuga a ese sentimiento y lo limita; y se prefiere,—antes que los arrebatados ímpetus de la pasión, antes que las actitudes trágicas, antes que los movimientos que desordenan en la línea la esbelta y pura limpidez,—los mórbidos e indolentes escorzos, las serenidades ideales, las languideces pensativas, todo lo que hace que la túnica del actor pueda caer constantemente, sobre su cuerpo flexible, en pliegues llenos de gracia.

Y ese mismo amaneramiento *voulu* (1) de selección y de mesura que le caracteriza en el sentimiento, le domina también en la descripción. Está lleno de imágenes, pero todas ellas son tomadas a un mundo donde genios celosos niegan la entrada a toda realidad que no se haya bañado en veinte aguas purificadoras. Porque Rubén Darío sería absolutamente incapaz de extraer poesía de las excursiones en que el pie felino de la musa de Baudelaire hollaba, con cierta morbosa delectación, el cieno de los barrios inmundos, y en que ella desplegaba sus alas de murciélago para remover la impureza de las nieblas plomizas. Ve intensamente, pero no ve sino ciertos delicados aspectos del mundo material. La intensidad de su visión se reserva para las cosas hermosas. Cierra los ojos a la impresión de lo vulgar. Lleva constantemente a la descripción el amor de la suntuosidad, de la elegancia, del deleite, de la exterioridad graciosa y escogida. Su taller opulento no da entrada sino a los materiales de que, si fuese suya la lámpara de Aladino, habría de rodearse en la realidad. Oro, mármol y púrpura, para construir, bajo la advocación de Scheherazada, salones encantados. Todas las formas que ha fijado en el verso revelan ese mismo culto de la plasticidad triunfal, deslumbradora, que se armoniza en él con el de la espiritualidad selecta y centelleante. El *instinto del lujo*,—del lujo mate-

[1] Itencional, deliberado, propuesto.

rial y el del espíritu,—la adoración de la apariencia pulcra y hermosa, con cierta indolente *non curanza* del sentido moral.

Tal inclinación, entre epicúrea y platónica, a lo Renacimiento florentino, no sería encomiable como modelo de una escuela, pero es perfectamente tolerable como significado de una elegida individualidad. De ese modo de ver no nacerán en el arte literario, las obras arquitecturales e imponentes (y desde luego, es indudable que no nacerán poemas cosmogónicos, ni romances sibilinos, ni dramas cejijuntos); pero nacen versos preciosos; versos de una distinción impecable y gentilicia, de un incomparable refinamiento de expresión; versos que parecen brindados, a quien los lee, sobre la espuma que rebosa de un vino de oro en un cristal de baccarat, o en la perfumada cavidad de un guante cuando apenas se lo ha quitado una mano principesca.... Todas las selecciones importan una limitación, un *empequeñecimiento* extensivo; y no hay duda de que el refinamiento de la poesía del autor de *Azul* la *empequeñece* desde el punto de vista del contenido humano y de la universalidad. No será nunca un poeta popular, un poeta aclamado *en medio de la vía*. Él lo sabe, y me figuro que no le inquieta gran cosa. Dada su manera, el papel de *representante de multitudes* debe repugnarle tanto como al poeta de las *Flores del mal*, que, con una disculpable petulancia, se jactaba de no ser lo suficien-

temente *bete* para merecer el sufragio de las mayorías . . . Lejos del vano estrépito del circo; en la «sede del arte severo y del silencio,» como él gusta decir evocando la grave frase d'annunziana, pule, cincela, a modo de «un buen monje artífice,» y consulta a los «habitantes de su reino interior.»—Recuerdo a este propósito que uno de los personajes de *L'Inmortel* de Daudet, plantea esta cuestión interesante:—Si acaso Róbinson hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera continuado siéndolo en la soledad, hubiera producido? He ahí una duda que, para los artistas de la raza del nuestro, apenas admite explicación. En el individualismo soberbio de este poeta—aunque prive a su poesía de la amplitud humana y generosa que realza a la de los que cantan con vocación y magestad de hierofantes—hay un fondo legítimo que ningún alma dotada de «entendimiento de hermosura» será osada a negar. Ciertamente la Belleza soñada es, de todas las cosas del mundo, la que mejor justifica los individualismos huraños y rebeldes; es un santo horror el que tiene el artista a la tiranía de los más, al pensamiento vestido con librea de uniforme; el arte y la multitud están hechos de distinta substancia. El arte es cosa leve y Cáliban tiene las manos toscas y duras. Pero se le puede abominar en el arte y amarle cristianamente en la realidad. Rubén Darío no le ama ni en la realidad ni en el arte. Sé que no se indignará conmi

go si atribuyéndole un sibaritismo de corazón que haría rugir a Edmundo Shérer, cuyas invectivas contra Gautier acabo de dejar de las manos, me creo autorizado a pensar que, como el personaje de *Mademoiselle de Mauvin*, sólo se siente inclinado a dar limosna cuando la sordidez y los andrajos tienen un aspecto de cuadro de Rivera o de Goya! . . .

Todas las predilecciones que revelan sus versos: todo ese grupo favorito de imágenes, de reminiscencias, de nombres, que forman un característico *corso e ricorso* al rededor de la obra de cada artista, responden en el nuestro al mismo delicado instinto de selección. La Grecia clásica y la Francia de Luis XV le darán, alternativamente, objeto para sus decoraciones; símbolos todas de una organización espiritual que huye lo ordinario como el armiño lo impuro. Ama prodigar la seda, el oro, el mármol, como términos de comparación. Aún más que la rosa purpurada «en sangre pecadora», es el lirio heráldico y beato la flor con que nos encontraremos al leerle. Y si se nos preguntase por el ser animado en que debería simbolizarse el *genio familiar* de su poesía, sería necesario que citásemos,—no al león ni el águila que obsedian la imaginación de Victor Hugo, ni siquiera el ruiseñor querido de Heine,—sino al cisne, el ave wagneriana; el blanco y delicado cisne que surge a cada instante, sobre la onda espumosa de sus versos, llamado por insis-

tente evocación, y cuya imagen podría grabarse, el día que se blasonara la nobleza de los poetas, en uno de los cuarteles de su escudo, de la manera como se grabaría en el escudo poético de Poe el cuervo ominoso, y el gato pensativo y hierático en el blasón de Baudelaire.

Toda la complejidad de la psicología de este poeta puede reducirse a una suprema unidad, todas las antinomias de su mente se resuelven en una síntesis perfectamente lógica y clara, si se las mira a la luz de esta absoluta pasión por lo selecto y por lo hermoso, que es el único quicio inmovible de su espíritu.—No es el parnasianismo helado; pero es, en cierta manera, un parnasianismo extendido al mundo interior, y en el que las ideas y los sentimientos hacen el papel de lienzos y bronce, —Teófilo Gautier no tenía reparo en confesar que, consideradas las cosas poniéndose en el mirador del arte, le parecía preferible una magnífica pantera a un ser racional; lo que no impedía que el hombre pudiera hacerse superior a la pantera despojándola de su piel para recortarse una hermosa túnica. Hay en Rubén Darío la virtualidad de una estética semejante. El pensamiento malo que viene revestido con una pintada piel de pantera, vale más que el pensamiento bueno que viste de librea o con una corrección afectadamente vulgar. Pero se concede a los moralistas que si el buen pensamiento desnuda de su bizarra piel al animal

feroz y se la pone regimiento sobre los hombros, valdrá más que el pensamiento malo.

Y ahora que he tratado de caracterizar a mi manera la genialidad del poeta, y he sintetizado todo lo dicho en ese ejemplo extremoso, oigo que me pregunta una voz interior que se anticipa a muchas voces extrañas: ¿No crees tú que tal concepción de la poesía encierra un grave peligro, un peligro mortal, para esa arte divina, puesto que, a fin de hacerla *enfermar de selección*, le limita la luz, el aire, el jugo de la tierra? Seguramente, si todos los poetas fueran así. Pero acaso ¿no existiría un peligro igual para la armonía de la Naturaleza y para la sociedad de los hombres, si todas las plantas fueran orquídeas; diamantes y rubíes todas las piedras; todas las aves cisnes o faisanes; y todas las mujeres sirvieran para figurar en crónicas de Gyp y cuentos de Mendés! (1)

(1) El fragmento transcrito pertenece al magistral estudio que José Enrique Rodó dedicó a *Prosas profanas* de Rubén Darío, estudio de los más elegantes y sutiles que se hayan consagrado a poeta alguno en habla castellana.

BELGICA

DE los tres claros nombres de nación que han hecho resonar, en signos de armonía, las músicas marciales (1) que acabáis de oír, permitidme que destaque, para que aparezca el primero en la expresión verbal de nuestra ofrenda, el menos vinculado a fuerza materia, y a deslumbrante gloria: el nombre de Bélgica. Quien fué el primero en la resistencia sobrehumana, quien lo es en la magnitud del sacrificio, séalo también para la simpatía que busca mitigar el dolor. Y porque en el corazón de Francia la generosidad es la naturaleza misma, y porque la libre Inglaterra tuvo siempre el tono y el sentido de una caballerisca dignidad, me parece que de ellas parte espontáneamente el noble ademán que

(1) La *Marsellaise*, el *God save the King*, y la *Brabançonne*, ejecutadas en una gran velada que no ha mucho se celebró en Montevideo, para reunir fondos con que aliviar el dolor de los heridos de Francia, Inglaterra y Bélgica.

nos invita a conceder la prelación en el recuerdo, como tendrá la predilección en la historia, al pueblo incomparable que las ha escudado con su pecho, y que ha de ser, de hoy en más, entre ellas, prenda inmortal de fraternidad y de alianza.

Bélgica era, en las representaciones habituales de nuestra imaginación, el taller doméstico, todo paz y virtudes, que disfrutaba su áurea medianía en seguridad inviolable. Bélgica es ahora el altar humeante y sangriento del valor sublime. De ese sosegado fondo de granjas y dehesas, donde renace, magnificada, la Arcadia pastoril; de fábricas que ennegrecen la niebla y barcos que cortan los ríos indolentes; de primorosos jardines y casas pulquérrimas, en suma, de trabajo apacible, que a alguno puede parecer opaco y sin vuelo, se ha adelantado de súbito la máscara trágica de las Iliones y las Zaragoza. ¡Transfiguración extraordinaria, que recuerda cuando del plácido heno amontonado y oliente a la bondad de la tierra, se levanta y difunde la llama del incendio, con el irrefrenable impulso del rayo! ¡Reveladora enseñanza para los que imaginan que la energía de la guerra ha menester cultivarse por sí misma y en ejercicio de su propia obra de destrucción y muerte, en vez de brotar, a su hora, de aquella fundamental y armónica energía que, templando los resortes del carácter social, forma la voluntad para las artes pacíficas e inspira los ejemplos del valor civil!

Diffícil es encontrar en la memoria el parangón a la grandeza de esta Bélgica que ahora conocemos. Todo cuanto puede contribuir a enaltecer la acción humana, por los sentimientos que la animen y el término a que se dirija; todo cuanto puede tender a embellecerla y glorificarla por heroica fiereza como se manifieste, todo se congrega en Bélgica y realza esta inenarrable tragedia de su historia. En los mayores portentos del pasado, en los más clásicos y nobles, falta esa armonía y perfección de estatua guerrera. Cuando no hay lugar para la duda en la justicia de la idea porque se combate, ni se percibe desigualdad en el desnudo, ni sombras de iniquidad y alevosía empañan el esfuerzo fundamentalmente generoso, queda a la crítica tomar por blanco la calidad del pueblo combatiente: la turbulencia de sus inclinaciones, la rudeza de sus costumbres, su inferior condición, respecto del extranjero que le oprime o del invasor que le amenaza. Aquí, ni una mácula, ni un pretexto, ni una diferencia siquiera en valores de civilización. Nada falta a la gloria de Bélgica; nada puede restarse a las oberrana razón de que ella irradia. Es éste el más ejemplar conjunto de hombres defendiendo el más sagrado de los derechos con el más alto y constante de los heroísmos.

Pero, después de todo, ¿por qué hemos de asombrarnos de esta marcialidad indomitable, ni considerarla allí nueva? Y ¿por qué se imagina-

ría el invasor que ese llano suelo de Flandes había de encorbarse a su paso, como el lomo del caballo que conoce a su dueño?... Para desengañarle habría bastado que compareciese en su imaginación el simulacro heroico de aquella Flandes, erizada de hogueras y patíbulos, en que se resolvió, para la libertad, el porvenir de Europa, frente al otro soberbio imperialismo de Felipe II. Bruselas, Amberes, Lovaina, Mons, Gante, Malinas, no fueron siempre, por cierto, nombres de paz. Esas ciudades de mercaderes y artesanos, ya endurecidas, desde su nacer, en la diaria defensa contra las águilas feudales, se iluminan de sangrienta luz en la guerra por la protesta religiosa y la autonomía política. Si la resistencia extinguióse en ellas, para concentrarse en la emancipada Holanda, fué sólo cuando el cadalso y la emigración las dejaron en soledad que convirtió en agrestes patizales sus calles populosas. Todas esas ciudades aprendieron, hace tres siglos, la ciencia de sufrimientos y energía en que hoy ilustran al mundo; todas ellas conocieron, sin envilecerse, el brutal ultraje del saqueo, la humillante tortura de la exacción, el trágico espanto de las matanzas. Amberes caída pensará que vuelven sobre ella los días de horror en que los tercios de Alejandro Farnesio ciñéronle, en cruento delirio, palma de elección entre ciudades mártires. Y en la Bruselas que custodian, desde el bronce, las sombras de Egmont y de Horn,

paso de las patrullas imperiales ha de despertar, en cada ángulo de piedra, los ecos del glorioso grito rebelde de aquel «Vivan los *gueux*», que allí resonó por vez primera y fué la consigna de las muchedumbres insurrectas que, ostentando como blasón de democracia las apariencias de la mendicidad, el sayal ceniciento y la escudilla de palo, dieron al estupendo siglo XVI una de sus páginas más bellas, y uno de sus triunfos mejores a la historia de la libertad humana.

No importa que el nuevo opresor domine, desde Lieja hasta Ostende, las ciudades de Bélgica, y busque radicar entre sus despojos, signos permanentes de ocupación y de conquista. Más duraderas prendas de triunfo alcanzó el Duque de Alba, que, en la plaza de Amberes, pudo contemplar la estatua de bronce que le representaba hollando el pecho de los flamencos vencidos. Y estos vencidos de estatua se reincorporaron. Y ahora, alzándose del barro sangriento de sus campiñas desoladas, de los escombros de sus ciudades rotas, donde lo único verdaderamente irreparable serán las profanadas maravillas del tiempo, volverá Bélgica a su ser, radiante de esperanza con esos niños que están conociendo en la inocencia la virilidad del infortunio; acrisolada en su persona de nación por la solidaridad suprema del dolor compartido e inculpable. Volverá Bélgica a su ser. El sentimiento humano rechaza, en cuanto a esto, hasta la sombra de una duda; y si la du-

da cupiese, y semejante pueblo pudiera, en edad como la nuestra, ser testado del mundo por la primitiva razón de la conquista, no habrá conciencia de hombre libre que no prefiriera, una y mil veces, el cataclismo anárquico que hiciese saltar en astillas los fundamentos de esta civilización, antes que la persistencia de un orden de naciones en que fueran posibles tamaña iniquidad y tamaña vergüenza!

Entretanto, no es necesario esperar a la reparación ineluctable, para que la gloria de la nueva Bélgica quede consagrada y perenne en la conciencia universal. Más alto que la Esparta de Leónidas, porque el valor que aquí resplandece no es la facultad exclusiva, sombría, infecunda, que se cultivó artificiosamente en aquel monasterio de soldados; más alto que la Polonia de Kosciusko, porque el delirio febril de la anarquía no ha preparado la obra al hierro del conquistador; más alto que el México de Juárez, porque no ha habido manos propias que guiasen el caballo del extranjero; más alto todavía que la España alzada contra Napoleón, porque en las armas de estos invasores no se propaga el estímulo de libertad que atenúe la violencia conculcadora del derecho, —el nombre de Bélgica la mártir, Bélgica la heroica, Bélgica la inmaculada, perdurará en la mente de los hombres como el símbolo supremo del sacrificio varonil y del ánimo contendor de la fuerza.

Asociándonos, de este lado del mar, a su infortunio y a su agravio, nos parece estrechar su cabeza ensangrentada en el regazo fraternal de esta América que identifica su interés más caro con la universal inmunidad del derecho, y es la espectadora serena, pero no impasible, en la tragedia que domina el secular escenario de la humanidad.

Cuando el eje ideal de la civilización vacilara; cuando la arrebatada demencia de la guerra obscureciese del todo, en las más nobles razas del mundo, el sentimiento de aquellas nociones superiores que han guiado, entre parciales eclipses, la ascendente marcha de los pueblos: bien, verdad, derecho, justicia, aún quedaría, en la desolación de ese naufragio, el asilo de la conciencia americana. Cuidemos, dentro de cada uno de nosotros, nuestra parte en la reserva augusta que nos está confiada; y desde la paz y la distancia que nos comunican cierta semejanza de posteridad, juremos a Bélgica la mártir, a Bélgica la heroica, a Bélgica la inmaculada, gloria y amor en el corazón de América!

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

A CARGO

de **MANUEL TOUSSAINT Y RITTER**

Alberto J. Pani.—LA HIGIENE EN MEXICO.—México.—
Imprenta de J. Ballezá.—MCMXVI.

Se ha recibido un ejemplar de ésta obra, de que es autor el conocido intelectual mexicano, ingeniero Alberto J. Pani. Por primera vez son tratadas de modo serio y sistemático todas las cuestiones que se relacionan con un asunto de tan vital importancia como es el de la salubridad pública en nuestro país.

Es de desearse el total éxito de este libro tanto por los beneficios que sus páginas pueden reportar a la futura higiene mexicana, cuanto porque el producto íntegro de la edición está magnánimamente cedido a la Universidad Popular.